

# EL MOTÍN



Año XXXIV.—Madrid, Jueves 10 Diciembre 1914.—Número 50

SUCURSAL:  
RIVADAVIA, 698  
BUENOS AIRES

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL  
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS  
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## La lámina de hoy

Se me ponen de punta los pelos ¡quién los tuviera! cada vez que pienso en que las circunstancias pudieran obligar al Gobierno á romper la neutralidad.

Inmediatamente que esto ocurriese, el Gran Estado Mayor General del Gran Ejército Carcundístico-Clerical se echaría al campo en la guisa que expresa la lámina de hoy, seguido de sus innúmeros é invencibles Legiones, á las órdenes del *Gran Vincitore* Vázquez Mella, que asumiría el cargo de Generalismo hasta tanto que el que lo es por derecho propio, el Gran Táctico y Gran Estratega y Gran Artillero Llorens, se curase por completo de la terrible *congresitis* que padece. Y después de arrollar, destrozor y exterminar en un par de horas los ejércitos de la nación ibérica, atravesarían rápidos los Pirineos, y sin que nadie pudiera poner diques á su ímpetu avasallador, caerían sobre Lutecia en menos que se persigna un cura loco, la tomarían, se la traspasarían á los alemanes, y partirían para la pérfla Albión, embarcados los unos en el acorazado (antes nave) de Pedro el Pescador, los otros en el zeppelin de Elías (antes carro de fuego) los otros en el submarino de Jonás (antes ballena) y no sería más pronto su llegar, que su embestir y su vencer.

Conquistado el Reino Unido, saldrían en los mismos transportes para Rusia, y en cinco minutos de sitio tomarían á Petrogrado (antes

Petersburgo), destronarían al Zar, atravesarían Alemania entre arcos de triunfo, aclamaciones y vítores de los admirados alemanes que tendrían á honor altísimo declararse súbditos suyos, se dirigirían á Italia, y después de fusilar al rey Víctor Manuel y traspasar al Papa la soberanía de aquel reino, regresarían á España, trayendo Vázquez Mella atados á su carro de triunfo al Zar de Rusia, á los reyes de Inglaterra y Bélgica y al Presidente de la República francesa.

Y una vez colocadas en la basílica de Atocha las tres ó cuatro mil banderas tomadas á los enemigos, se dirigiría el heroico Mella á la redacción del *Correo Español*, á formar la lista de los liberales que deberían ser sucesivamente fusilados, hasta acabar con esa raza proterva y maldita que se ríe á mandíbula batiente de las amenazas cómicas que el clericalismo lanza para el caso de que se rompa la neutralidad.

Y colorín colorado.

## Los equivocados

Querido *Fray Gerundio*. No necesito que usted ni nadie me diga que estoy fuera de la realidad. Si la realidad consiste en aceptar las ideas predominantes, adaptarse al medio y dejarse llevar por la corriente, nunca estuve dentro de ella. Y crea usted que lo sé de buena tinta; como también que no siempre resulta cierta la frase, «perdiendo se aprende». De serlo, yo resultaría más desencantado que usted; porque ¡vaya si he tenido ocasiones de conocer la realidad!

Mas dejémonos de divagaciones, y ¡al grano, al grano!...

Reconozco sin violencia alguna que es usted mejor profeta que yo, sintiendo que en esta ocasión no haya sido usted el equivocado. Yo no oculto ni niego mis errores. De imitarme todos en esto, algo mejor andaríamos los republicanos.

Mas apesar de haber sido yo el engañado en esta intentona, no acabo de decidirme á sentar plaza de pesimista perpetuo, si bien declaro que no es muy halagador para mi amor propio este fracaso. Pero he sufrido tantos en mi vida sin perder la serenidad, que no voy á concederle al de

ahora el honor de tomarlo muy en serio.

Y añadiré á usted, para que se explique mi relativa indiferencia ante esta (por ahora) última contrariedad mía.

Tanto esfuerzo malogrado, tanto golpe sufrido, tanta iniciativa abortada, han ido poco á poco habituándome á esta idea: «he plantado un árbol cuyo fruto recogerán otros, mas seguiré cultivándolo y regándolo cual si hubiese de contemplar yo sus primeras flores». Por esto miro cada día alejarse más las esperanzas que durante tantos años alimenté, sin sentir las indignaciones de otros tiempos. Verdad es que voy limitando de tal modo mis aspiraciones, que casi se reducen ya á que no me falten en absoluto los medios para seguir regando y cultivando el árbol, si no en la medida necesaria, en la indispensable al menos para que la circulación de la savia no se interrumpa.

Y le confesaré también una de mis flaquezas, que corrobora en parte lo que acabo de decirle.

En esta lucha de tantos años he tenido momentos de duda, de desaliento, de indignación; alguna vez hasta he sentido así como deseos de divorciarme de la pluma. Pero me sentaba á la mesa, la veía, la tomaba entre los dedos, se me olvidaba todo, y comenzaba á moverla con el contento de siempre y para decir lo que siempre. Algo parecido á lo que le pasa al hombre que quiere elegantemente á una mujer que le da grandes disgustos; hace propósitos de separarse de ella, y al ir á decirselo enmudece ante una sonrisa; y hasta le pide perdón mentalmente por haberle inferido la ofensa de dar albergue durante unos minutos á aquel pensamiento que debió poner en práctica sin anunciárselo. ¡Flaquezas humanas de las que nadie está exento, y yo menos que muchos!

En suma, amigo *Fray Gerundio*: que persisto en mi manía de no tomar por lo trágico nada de lo que particularmente me atañe, y que á semejanza del pájaro no sé cuántos que dicen que canta en la tempestad, yo bromeo hasta en las situaciones más difíciles. Los que me tratan lo saben. Y voy á demostrárselo á usted al comentar uno de los párrafos de sus artículos.

Dice usted muy formal, que Ferrándiz, Pey Ordeix, usted y yo se



ríamos ricos, si aquí los anticlericales fuesen como debían.

Lo dudo, amigo *Fray Gerundio*, lo dudo. El anticlericalismo no fué nunca un negocio; si un día lo fuese, nos saldrían competidores por todas partes: los mismos jesuitas se harían anticlericales. Y ante ellos, y ante los vivos que á lo mejor surgen en nuestro campo, quedaríamos en una inferioridad ruinosa. Por lo demás, crea usted que no me pesaría ser rico: sospecho que es buen oficio, á juzgar por las porquerías, las infamias y hasta los crímenes que algunos cometen por ejercerlo.

Pero aquí me asalta una duda, que me impone esta pregunta:

«Si fuera rico ¿pensaría como pienso? ¿Sería anticlerical? ¿Me preocuparía de los desdichados, de los abandonados, de los oprimidos? Posible es que no; y en este caso, dejaría de ser quien soy: sería otro distinto. Y habiendo dicho tantas veces que estoy satisfecho de ser como soy, resultaría que, á menos de no cambiar completamente de ideas y sentimientos al variar de fortuna, volvería á verme pronto sin dos pesetas y privado de las satisfacciones que hoy me proporciona el saber que no las tengo, porque no he querido. Así como suena.

Además, creo que para llegar á rico se necesitan condiciones especiales que jamás tuve, como también creo que la siembra de ideas es menos productiva que la de patatas; sin que por esto vaya á suponerse que desprecie á los sembradores de patatas, más útiles y necesarios á plazo corto que los sembradores de ideas.

Sí; se necesitan condiciones especiales, y estar perfectamente enterado de lo que significan las frases «ganancia del capital, interés compuesto, tanto por ciento», y otra porción de ellas que nunca he sabido casar con las de ideal, altruismo, intelectualidad... Esto no obstante, no me atrevo á asegurar que quienes las casan sean *los equivocados*; pero, lo declaro ingenuamente: me choca que ciertos hombres las casen.

Este tema de las equivocaciones hizo pocos días há surgir en mi memoria un episodio de que fuí testigo.

Allá por los años 69 ó 70 hablábase una noche en el saloncillo del teatro de la Zarzuela de una aberración sexual, entonces rara, pero que se ha ido desarrollando al compás que las Ordenes religiosas se han extendido, y hasta un punto, que hoy casi se la considera como signo de distinción aristocrática, religiosa, intelectual y artística.

Sostenían la conversación cuatro ó cinco literatos de renombre, condenando todos implacablemente la aberración. Uno sobre todo no se la explicaba, á pesar de que en Grecia y Roma dominó hace siglos, y que en

la Biblia se habla de ella al tratar de un viaje que hicieron unos ángeles á cierta ciudad, célebre desde entonces.

La indignación de aquel literato no tenía límites, (era muy hombre en todo); se llevó más de media hora condenando fisiológica y moralmente la aberración aquella; flageló despiadadamente á sus partidarios con frases en que el asco eclipsaba á la indignación, y al final, con la modestia del hombre superior que huye de hacer afirmaciones absolutas, exclamó entre grave y sonriente: «Y después de todo, señores, ¿quién nos dice que no seamos nosotros *los equivocados*?»

Y al llegar aquí, amigo *Fray Gerundio*, ruego á usted que me permita una pequeña digresión, para demostrarle que estoy más fuera de la realidad de lo que usted supone, y explicarle por qué vino hace días á mí ese recuerdo.

¿A que no adivina usted, á pesar de su gran conocimiento del corazón humano, el incidente que me ha extrañado más en este manoseado asunto de la venta de mis libros?

No fué el que usted acertara en sus negros augurios sobre los pocos que iba á colocar.

Ni el que los libreros á quien se les propuso el negocio lo rechazasen.

No; ambas cosas, bastante desagradables, me las explico. Lo que todavía no he logrado explicarme, es la preocupación que me entró cuando Brissa me dijo que se había dirigido á Portet, el ilustrado director de la *Escuela Moderna*. Parecióme que, sin pensarlo, sin quererlo, y sólo por servirme, podía acaso haberle ofendido, confundiéndole con cualquier aprovechado industrial del comercio de libros, cuyo único objetivo es y debe ser enriquecerse.

Yo me decía:

«Hacerle tal proposición á Portet, incansable propagador de ideas altruistas! ¡A él, inteligente y abnegado continuador de una obra de redención social! ¡A él, enemigo encarnizado del capital que se acumula absorbiendo los productos del trabajo!»

«Proponerle á él que adquiriera unos libros que una necesidad de momento obligaba á vender á la cuarta parte de su valor, y que tendían al mismo fin de los que Portet publica, esto es, á acabar con los dogmáticos políticos, religiosos y sociales!»

Todo esto pensé que Portet pensaría al leer la proposición, y temblaba pensando en su respuesta, á la vez que me echaba en cara el haber sido yo la causa ocasional del disgusto que iba á sufrir mi amigo Brissa; cuando héte aquí que la carta del representante de Portet vino á devolverme la tranquilidad per-

dida. El director de la *Escuela Moderna* no se había ofendido; aceptaba la proposición, con una modificación ligera: en vez de pagar los libros al contado, se prestaba á tomarlos en comisión con el 75 por 100 de rebaja, abonando mensualmente los que fuera vendiendo; proposición que sin duda por cortedad no se había atrevido á formular ningún librero, y eso que los de la clase no suelen distinguirse por sus escrúpulos comerciales.

Y entonces, al leer la respuesta de Portet, respiré libremente como si me hubiesen quitado una losa del pecho, y fué cuando vino á mi memoria el episodio que he referido; y desde entonces vengo afirmándome en la creencia de que el único *equivocado* en estos asuntos de ochavos soy yo.

¡Sí, yo!

Cuando un hombre de la mentalidad y de la cultura de Portet, que difunde ideas redentoras y ha viajado tanto y departido con hombres eminentes, escribe una carta así, es que indudablemente hay compatibilidad perfecta entre el ideal y el negocio; entre la lucha contra el capital y la adquisición del capital; entre la defensa del trabajador y la explotación del trabajo; entre el altruismo predicado y el egoísmo practicado; ideas que yo creía completamente antitéticas.

Por lo tanto, aleccionado con estas realidades y siguiendo el ejemplo que me da un hombre cual Portet, que se dedica á marcar rumbos nuevos á la humanidad oprimida y explotada, confieso humildemente que no sé por dónde me he andado toda mi vida, y juro y perjuro seguir en adelante camino diferente que hasta aquí.

Sólo que, como ya me queda poco tiempo de andar por este valle de lágrimas, aplazo la ejecución de mi proyecto hasta la vuelta.

Y aquel día ¡oh! aquel día se verá lo que puede una voluntad enérgica puesta al servicio de un propósito utilitario disfrazado con la careta de un ideal de elevación moral y de equidad económica.

Y para lograrlo, no tendré que violentarme en lo más mínimo: me bastará con trasladar al índice de las ideas falsas, ésta que siempre tuve por verdadera.

«El hombre que es decente en las cuestiones de dinero, lo es en todas. Y el que no, en ninguna».....

Si volvemos á este planeta al mismo tiempo, amigo *Fray Gerundio*, estoy seguro de que, al enterarse de la marcha que sigo, parodiará usted á la gitana que decía al visitar por vez primera á su hombre en el preso.



Este no es mi Juan,  
que me lo han cambiado;  
mi Juan tenía pelo  
y éste está pelao.

De usted affmo amigo, que le admira como periodista, como desengañado y como profeta, pero que no reúne condiciones para imitarle.

JOSÉ NAKENS

## Incógnita descubierta

Aquel buen católico de Jubia que tanto se interesaba por mi salvación eterna, y al que envié mi retrato según deseaba, me ha escrito ahora esta carta:

Sr. D. José Nakens.

Debido á la lectura fúnebre que con motivo de la guerra traía EL MOTIN, me decidí á escribir á usted cen objeto de hacerle hablar algo que no fuera de obuses 42, cadáveres, trincheras, etc., cosa que logré con mis cartas, de lo que me congratulo.

Pero ahora debo decir que yo aún le gano algunos puntos (y ya es ganar), según á demostrar voy.

Nacido y criado en la religión católica, no fui formado nunca a la misa, porque mis profesores estaban lo menos treinta ó cuarenta años más adelantados que los suyos (tengo yo cuarenta y cuatro).

No levanté el *jaldrilín* al oficiante ni ayudé a la misa, porque no supe nunca; no habiendo llegado tampoco a mis manos receta alguna para ganar el cielo, no llegué por esa causa á practicarla ni un solo día.

Como á usted, me bautizaron, mojaron el ocapucio, enseñaron el credo bendito y padre nuestro, de todo lo cual tengo rezado en compañía de una bisabuela con quien me crié, un trasatlántico cargado, y me quedo corto.

Tengo leído también bastante (hasta la Biblia); lo que no lei nunca fué el *Judío Errante*, pero en su lugar anduve yo Errante tanto como el Judío, pues en mi continuo viajar puse los pies en las cinco partes del mundo (si hubiera tenido seis, voy a la otra) y en ellas aprendí mas de lo que enseñarme pudiera el libro.

En Marín (España), en un templo protestante me pidieron al salir unas señoras inglesas algo para el culto, cobrándome así la entrada. En Argel (África francesa), en una mezquita árabe me ocurrió lo mismo. En Singapoore (India inglesa), en un templo de Buda me ocurrió lo propio; y en China, en la santa casa de Confucio, me pasó igual; aparte de que en la isla de Malta (posesión inglesa) visitando la iglesia católica de San Juan me paso tres cuartos de lo mismo.

Sería interminable si seguir qui-

siera, pero hago punto en el Archipiélago filipino en el combate naval de Cavite (del que fui víctima) por obra y gracia (maldita la que tiene) de los frailes y curas de la Santa Madre Iglesia Católica.

De manera, Sr. D. José, que perdone que no le obedezca en lo de poner cinco céntimos en el cepillo de las ánimas.

En lo referente á que todas las religiones sacan partido de todos los actos de la vida en provecho propio, también yo lo sabía, como dejo demostrado, y por lo tanto, si usted ve por ahí á Rita, cuénteselo á ella.

Por este mismo correo tengo el gusto de enviarle mi retrato (para pagarle el suyo) quedando así saldado, preocupándome muy poco de que lo coloque usted donde mejor le plazca sin excluir á San Antón, por que á mí me gusta el cerdo.

Con lo que apuntado queda, supongo estará demostrado que mis cartas anteriores fueron sólo hijas de un rato de buen humor; pero por si no fuera bastante, diré á usted que tengo dos hijas (yo creo que le gano en una) que se llaman Lidara y Damára, nombres que les puse yo sin intervencion ni de curaní de agua (es decir, de agua sí; para lavarlas; jante todo la higienel) y que por lo tanto están por bautizar.

Y á propósito de esto. Si hubiera algún caprichoso que quisiera bautizarlas, dotando en aquel momento con un par de miles de pesetas á cada una, impuestas á producir hasta su mayor edad ó el momento de casarse, yo creo que no debía despreciar ese beneficio para mis hijas, porque cacharrazo más ó cacharrazo menos, importaría poco. Si se vende la entrada en el Cielo, con mayor motivo puede venderse un bautizo. ¿Qué opina usted?

Lo mismo le digo de mi casamiento; si me lo pagaran bien, ¿no le parece á usted que debería hacerlo por lo eclesiástico?

Yo creo que sí, pues el que paga tiene derecho á que le den gusto, y además, como todo es negocio en el mundo, debe aprovecharse cuanta ocasión se presente de hacerlo. ¿Qué opina usted?

Es suyo siempre s. s. y hermano.

AGUSTÍN DE BURGOS

Jubia 29-11-14.

## Respuesta

Mi desde hoy querido amigo Agustín de Burgos:

He leído con mucho gusto su carta, pues veo que es usted de mi cuerda. Nada de tomar por lo trágico las religiones; carcajadas y nudos á la bolsa; he aquí la mejor manera de combatirlas.

Hizo usted muy bien en apartar por un momento mi atención de los

horrores de la guerra; el asunto se va poniendo un poco pesado. Si dura seis meses más, acabaremos por no emocionarnos ni poco ni mucho. Se habitúa uno á todo: hasta á ver infectadas de frailes las calles, hecho que, en su clase, es tan terrible como el de la guerra.

Obuses disparando contra las bolsas, zeppelines arrojando bombas contra el sentido común, submarinos que avanzan ocultos bajo las aguas del mar de la reacción para volar los acorazados de la libertad, los frailes deberían preocuparnos tanto como la guerra, por más destructores y por más duraderos; y, sin embargo, los vemos tranquilamente cruzar ante nuestros ojos. Esto me hace pensar que la vida en el Infierno llegará á ser hasta divertida, á los diez o doce mil siglos de hacerla, por la fuerza de la costumbre.

Su carta que, lo repito, me ha hecho pasar un buen rato, tiene una parte que ha despertado mi envidia, a pesar de que no me domina esa pasión por lo mezquina.

Sí, envidio la vida que usted ha hecho, siempre de aca para allá; yo me he movido menos que una ostra pegada á la peña en que nació; pero aun así he aprendido tanto como usted en sus viajes en lo tocante á este punto concreto: los curas de todas las religiones conjugan en todos los países este mismo verbo: *pedir*; y en todos sus tiempos; y por activa y por pasiva; quien dice cura, dice imán de metales acuñados, lo mismo representando á Jehová, que á Cristo, que á Mahoma, que á Buda, que á Confucio, que á Lutero, etc., etc.

Doy á usted las gracias por haberme enviado su retrato á cambio del mío; lo colocaré entre el de un jesuita y el de un *flaminio*, para que no pueda vivir tranquilo, ocupado constantemente en mirar por su bolsa y su honestidad; de alguna manera he de vengarme de la broma que me ha gastado usted, fingiéndose católico para arrancarme la contestación que le di. Amor con amor se paga.

Y voy ahora á contestar á su pregunta de si me parecería mal que usted bautizara sus dos hijas si algún clerical las dotase.

Al contrario; me parecería muy bien. No dando importancia al hecho, lo mismo da estar bautizado que no. Usted y yo lo estamos, y, sin embargo... llovía.

Lo único que me disgusta es lo escaso de la cantidad que usted fija; pida usted más, que para rebajar tiempo queda. Y lo que del bautismo de ellas, digo del casamiento canónico de usted.

Ahora, lo que dudo es que encuentre usted quien le dé por eso ni dos pesetas; las gentes de Iglesia son poco expansivas en asuntos de dinero.



Esos dos sacramentos, el del bautismo y el matrimonio, son los más productivos para ellas; hasta pudieran ser calificados de base del edificio católico, ya que sin matrimonios no habría chiquillos, ni sin chiquillos bautizos, ni sin bautizos fieles. Y los chiquillos, ya lo sabe usted, empiezan á producir desde que nacen. Y antes á veces, si las presuntas mamás piden con tiempo á San Ramón que les dé una buena hora, pues se arma con tal motivo un chorreo de velas y misas, que el Señor nos coja confesados.

Nacido el nene, viene el bautizo. que lo pone bajo el dominio de la Iglesia; y desde aquel instante, y hasta que el amigo llega á la edad en que puede convertir en abuelos á los autores de sus días, satisface más impuestos religiosos, directos é indirectos, que los vecinos de Madrid al ayuntamiento. Se casa por fin, tiene hijos, y sigue su curso la procesión, es decir, el chorro.

Pues á pesar de ser esos dos sacramentos lo que digo, no creo, amigo Burgos, que encuentre usted quien le dé ni una perra chica por bautizar sus hijas, ni por reforzar su matrimonio dándole validez canónica. El clero recibe, pero no da. Le hablo á usted por experiencia.

Allá por el año 1895, habiendo oído que los clericales compraban conciencias en buen uso, decidí enagenar la mía, ¿y fuí y qué hice? Publicar el reclamo siguiente:

### YO, EN VENTA

A los beatos adinerados y á las beatas de buena posición que se dedican á comprar basura anticlerical, cuando por muy poco dinero podrían adquirir lo mejorcito en la clase,

Salud.

Se os presenta una ocasión que ni de perlas para apabullar la impiedad: comprar á uno de sus mantenedores más potentes. (Se suplica á devotas, seminaristas, lises y koskas, que tomen siempre mis palabras en sentido recto). Y ese mantenedor soy yo.

Una cosa debo advertir antes de pasar adelante. Yo no me vendo por un plato de lentejas como los infelices que habéis comprado hasta ahora. En el mar de la impiedad ellos son sardinas; yo ballena.

Y dicho esto, prosigo.

Si; estoy dispuesto á venderme, pero con grandeza; no en secreto, sino á la luz del día; no con reservas mentales, sino entregándome completamente. Os lo advierto para que no juzgéis exorbitantes mis modestas pretensiones.

Ser impío no es un negocio, ni mucho menos; por eso he ido atrasándome un poquillo cada día, y hoy me encuentro con un déficit, peque-

ño comparado con el del gobierno, grande con relación á mi crédito; un déficit de diez millones. No os asustéis, que no son de pesetas, sino de reales.

Entregadme esa cantidad, y cantaré sin perder momento la palinodia; diré que me arrepiento de mis errores; oiré misa en cruz, en día de fiesta y en templo concurrido, para que sea mayor el número de creyentes que me vea; confesaré y comulgaré; haré la vela al Santísimo; me pondré al cuello cuantos escapularios me indiquéis; oiré sermones y llevaré á cabo cuantos sacrificios sean precisos, incluso el de requebrar beatas en mal uso.

E iré más lejos, en mi deseo de servirlos: diré que sois decentes, honrados, castos, virtuosos, buenos padres, buenos esposos, buenos hijos; y sostendré, contra todos los malandrines que opinaren lo contrario. que creéis cuanto decís; en suma, seré tan embustero como vosotros.

Supongo que no pondréis tacha en mis cualidades, y que me consideraréis digno de ser católico después de lo declarado; mas si todavía no me creyerais lo bastante perfecto en el arte de la hipocresía, me comprometo á tomar después de mi conversión por maestro á un jesuita.

*Advertencia importante.*—No rezo ni el bendito antes de cobrar entero el importe de la venta. Llevo mucho tiempo ejerciendo de católicos para que me fie de vosotros, y menos en asuntos de ocha-vos.

¿Acomoda el negocio, ó no acomoda? En caso afirmativo, que me traigan tres arzobispos la cantidad. No admito intermediarios de menos categoría.

Hasta aquí el reclamo.

Pues bien, amigo Burgos; á pesar de que, siendo quien soy, no podía tasarme más modestamente, y de que el reclamo tenía todas las de la ley para cazar primos, ¿querrá usted creer que nadie vino á decirme tanto más cuánto? Esto probará á usted que debe ir poco á poco acostumbrándose á la idea de no ver instalados en su casa esos dos sacramentos por el camino que indica. Suelte usted la mosca y se disputarán todos los curas de la localidad el honor de administrárselos.

Y termino, rogando á usted que me ponga á los pies de esa señora que no trata con curas, y á las hijas de ella y de usted.

Suyo en Satanás, símbolo de la protesta contra los poderes inamovibles é irresponsables de que toda mi vida he renegado, lo mismo cuando los ejercen papas, reyes ó emperadores, que cuando los acaparan jefes republicanos, diputados de oficio, ó presidentes de comité.—J. N.

### Lo que significa el síntoma

### El renacimiento religioso en Francia

Para Luis Bonafoux

Querido amigo: Los cronistas españoles en Francia señalan el hecho de la reacción religiosa producida en el país por la guerra, presentándolo como síntoma anunciador de una reacción clerical después de aquella. «Mientras los hombres jóvenes y robustos luchan en las trincheras, las mujeres y los inválidos rezan en los templos» dicen los cronistas, para describir en pocas palabras el caso.

Y, cronista liberal (con trazas clericales) ha habido que ha dicho: «el pueblo católico francés es el que ha tenido que salvar á Francia del golpe alemán: al terminar la guerra este pueblo que ahora ha comprobado el fracaso de la República y el desengaño del laicismo, los expulsará del gobierno y reconstituirá la Francia cristianísima.»

Así se va escribiendo la Historia contemporánea, utilizándolo como *promesa de resurrección* que mantenga la fe de los católicos franceses, y corrobore en el odio á la Francia atea á los católicos extranjeros, que ven en esa Francia el caso contrario á aquel que inspiró la máxima «*écraser l'infame*.»

Se trata, pues, de hechos pasados y presentes, y de su significación para lo futuro.

Yo interpreto esos hechos de muy distinto modo. Yo calculo que ese *pueblo femenino é inválido* que ahora, durante la guerra, llena los templos católicos, está compuesto primeramente por aquel mismo pueblo que los llenaba en tiempo de paz: segundamente, por la masa de deportistas ociosos, que, careciendo de otros espectáculos con que entretenerse, acuden al espectáculo del culto: terceramente, por esa masa de conciencias, fluctuante siempre en las fronteras de las contiendas religiosas, que, *por si acaso* manda San Miguel, le llevan su vela en la mano derecha, *por si acaso impera el diablo* le ofrecen otra vela, y al salir del templo echan á ambos un corte de mangas, *por si acaso* los dos primeros «*acazos*» resultan inútiles. Y por último, habrá seguramente una porción mayor ó menor de gentes que después de bien comidas, se sienten incrédulas, y antes de cenar se sienten creyentes.

Al cesar, pues, la guerra, esta *reacción* se disolverá, dejando de creer aquellos que fundan su fe en el terror momentáneo, por desaparecer el fundamento de la creencia: dejando sus *por si acaso* los que ahora se dejan absorber de ellos, y que des-



pués habrán de dedicar á otros puntos vitales su atención: dejando los espectáculos religiosos los clientes del Trocadero, de Longs-Champs, de la Opera, y de *La Pigalle*, y volverán á verse solos aquellos de antes, de los cuales cabe decir que no es fe todo lo que reluce, pues entre los que practican la religión, lo mismo en Francia que en Bombay, anda el fraile Rabelais incrédulo y predicador, el negociante y el industrial, las tribus todas de aquella raza *cuyo Dios es el vientre* y el negocio, siendo escasos como las ermitas de San Jorge, aquellos cuya fe puede decirse intachable y sin lunar.

De este núcleo de los escogidos que son la verdadera Iglesia espiritual francesa y única permanente, de este debemos preguntarnos: ¿cómo saldrá de la guerra y cuales lecciones sacará para su fe?

Por lo pronto, los cronistas á quienes antes he aludido, conocen mal á mi entender, el catolicismo francés, creyéndole romanista y papisero como el de España, ajesuitado y enfraídos, y partidario del Papa-Rey y del reinado del Corazón de Jesús Ignaciano.

Pío X y la curia romana, que antes padecieron este error, hubieron de convencerse de que el catolicismo francés tiene cuatro quintas partes de galicanismo, que cree que el Dios de París vale tanto como el de Roma, que el Espíritu Santo de la Sorbona no sabe menos que el de la Minerva, que su Lourdes da siete y raya á Loreto; es decir, creen que para ir desde Francia al cielo no es el mejor camino el de Roma, en el cual tantos hallaron el barranco del Infierno.

Los católicos franceses distinguen perfectamente en el Papa, al sucesor de San Pedro, y pastor universal; al obispo de Roma, con todas las virtudes y vicios de los obispos; al político, ambicioso, codicioso y égoísta, que arrima siempre el ascua á su sardina, y, por último, al italiano rival del espíritu francés.

Por esto, esos católicos franceses que tan primorosamente adornan los templos, y que van en peregrinación á Roma, oyen al papa como si oyeran llover cuando éste intenta hacer de la fe, arma política; del pueblo francés, un bando de güelfos ó gibelinos; y de la religión un auxiliar hipócrita de la política vaticana.

Y en talos casos saben decirle al Papa: «al cielo ¡sí! te seguiremos: al infierno de tus intrigas, no.» El papa les mandó rebelarse contra el gobierno, y ¡como si no! El Papa les manda execrar á Lemire, y como si dijese lo contrario. El Papa condena á Loysi, y como si lo bendijera. Amenaza al modernismo, y el mo-

dernismo cunde más que antes, y en resumen: el catolicismo francés está en cisma con el Vaticano, tan hondo como escondido.

Apenas queda catolicismo romano. El catolicismo galicano va devorándolo. Y este galo-catolicismo, en la guerra aprenderá muchas cosas. Aprenderá, primeramente, que las excitaciones del Vaticano á la discordia y á la revuelta, sirvieron para debilitar la personalidad política de Francia y para atraer sobre ella la envalentonada Alemania.

Aprenderá que los clericales extranjeros han sido los que han azuzado á Alemania al exterminio de Francia. Aprenderá el engaño de los que presentan á los partidos avanzados como enemigos de la patria, y últimamente, aprenderá que, así como la religión ha sido elemento disolvente del patriotismo, el liberalismo francés ha sido el que ganó para Francia las simpatías que en esta conflagración la precintó con la alianza de los pueblos vigorosos y la cubrió con la admiración universal, los cuales han sido los salvadores de Francia, sin los cuales habría sido ya destruida.

¿Es esta la verdadera significación de los hechos actuales?

S. PEY ORDEIX

## PERPLEJIDAD

Admitiendo la hipótesis de que ello sea grato ó merezca el asenso del lector, si hay alguien obligado á no dejar de escribir en EL MOTIN, ese alguien es el autor de estas líneas, y esto por consideraciones de amistad, afecto, gratitud, afinidad de ideas, gusto... es decir, por aquellas consideraciones que más obligan.

Y, sin embargo, desde Marzo faltó á esta obligación. Al coger EL MOTIN cada semana me averguenzo de no ver nada mío, y formo el propósito de escribir, de no dejar de escribir.

Pero ¿de qué? Antes de la guerra, recién vuelto á la imprenta, ésta llenaba de tal modo mi tiempo y tanto constituía para mí una preocupación, que los días corrían con estúpida velocidad, y nunca hallaba tema, ni tenía poder de abstracción bastante para discurrir ó divagar acerca de un asunto más ó menos concreto.

Más asentado — digámoslo así, — cuando ya iba teniendo sosiego llega la guerra...

Jaurés asesinado, Jaurés, cuya mano tuve el honor de estrechar en Amsterdam; Lieja, invadida y destruida, Lieja en que pasé unas semanas inolvidables; Bruselas conquistada, Bruselas noble y hospitalaria de grato recuerdo; Amberes bombardeada, Amberes la magnífica, que crucé en varias peregrinaciones...

¿Cómo escribir?

Y luego, no el Socialismo, pero sí nosotros los Socialistas, total y absolutamente fracasados. Los socialistas todos, desde el reformista hasta el *ultra* partidario de la acción personal, y más la democracia socialista alemana — ¡el ejemplo, el arquetipo! — con sus millones de votos, con sus 110 diputados, con su disciplina férrea, con su caporalismo, con su espíritu unitario, con sus dogmas casi intangibles, con sus millones de sindicatos.

¿Cómo escribir?

Y luego mucha parte del proletariado militante del mundo tomando resueltamente partido, viendo encarnado en un bando la democracia, la libertad y el progreso, y en el otro bando el imperialismo, el despotismo y la reacción.

Y luego el Socialismo español declarando por su representante en el Parlamento que de ser otras las condiciones de España, ese Socialismo no sería partidario de la neutralidad.

¿Cómo escribir?...

Pues señor, dejando á un lado embelecos, tiro de números — marxista al cabo — y encuentro que en 1864 poseían:

Inglaterra, el 10,3 por 100 del planeta; Francia, el 5,8 y Alemania el 0,3.

Que estas proporciones se transformaran en 1911, para Inglaterra, en 21,3 por 100; para Francia, en 15,2 y para Alemania, en 2,2; lo cual supone que en medio siglo mal contado, Inglaterra, paladín de la independencia de los pueblos, se ha apoderado de un 11 por 100 del planeta; Francia, representación de la democracia, de un 9,4, y Alemania, encarnación de la cultura y hasta de lo que llaman civilización, de un 1,9 por 100.

Esta diferencia en contra de la culta y civilizada Alemania, explica muchas cosas, pero aún las explica mejor este otro hecho:

En cincuenta años el comercio exterior de Alemania creció en un 384,4 por 100; el de Inglaterra en 142,1 y el de Francia, en 90,2.

Con una circunstancia verdaderamente decisiva, y es que con relación al crecimiento global del comercio exterior de todos los países, Inglaterra y Francia se retrasaron, mientras que Alemania anduvo más de prisa.

En 1864, el comercio de Inglaterra suponía el 26,7 del realizado por el planeta; el de Francia, el 17,9 y el de Alemania el 10,3; proporciones que se transforman hoy: para Inglaterra, en 16,1; para Francia, en 8 y para Alemania, en 12,9; es decir, pérdida relativa de 10,6 para Inglaterra y de 9 para Francia, y ventaja relativa de 2,6 para Alemania...

¡Ay, lector! Estos números, que



explican bien la estupenda barbarie actual, que no dan la razón á ninguno, que confunden á los beligerantes en igual condenación, paréceme que si á algo invitan es á una neutralidad hostil á todos, con la sola excepción de los belgas...

¿Cómo escribir?, repito.

J. J. MORATO

## Anselmo Lorenzo

No lo conocí personalmente ni leí cuanto escribió, más tuve siempre la idea de que nos hubiéramos entendido de ponernos al habla.

Por esto me abstengo de juzgarlo, y copio lo que Arturo Mori y Juan José Morato, que lo trataron, han dicho al saber su muerte.

### Mori

«El día 30 murió en Barcelona Anselmo Lorenzo. La prensa de la noche nada dijo; murió casi olvidado; cuatro amigos del viejo apóstol tan solo, enviaron la noticia por conducto particular, á parientes y conocidos. Y uno de los telegramas enviados vino á parar á nuestra mesa de trabajo.

Muchos años tenía Anselmo Lorenzo, el más teórico, pero el más sincero, bueno y constante de los anarquistas españoles. Muchos años tenía y, sin embargo, sus energías de luchador eran cada vez mayores, más invencibles, más tenaces y rebeldes.

Barcelona ha sido para Anselmo Lorenzo su Ateneo. A su alrededor se han educado todos los anarquistas catalanes que se han destacado por sus intemperancias, sus exageraciones ó sus destellos de protesta, lógicamente humana, contra las aberraciones de lo constituido y las quimeras del idealismo burgués. Pero nunca echóse en cara con razón á Anselmo Lorenzo ningún hecho vituperable de los que por canallesca obra se achacaban en Barcelona á los anarquistas. Sólo él se veía libre de asedios y delaciones, sobre todo cuando, habiendo entrado en esa época de la vida que es maestra de virtudes y redentora de pasiones, había llegado á ser para sus amigos un santo y para sus adversarios un sacrificado.

Su casa de Barcelona era un templo de modestia sublime, de afanosa dulzura. Sus dos hijas, socialistas, amantes y amadas, cerca siempre del anciano escritor, velaban aquel hogar que olía á suprema bondad y era, á la vez, cátedra de dignos ambiciosos de saber y refugio de peregrinos.

Anselmo Lorenzo vivía constantemente envuelto en un montón de libros. Leía, leía sin cesar, buscando

en sus sabias lecturas mayores arrestos de moral que le ayudaran á morir con el entendimiento fijo en su centro de gravedad socialista y el corazón derramando grandeza y caridad.

Hoy los anarquistas barceloneses se han recluso en el Ateneo sindicalista, en donde hacen labor más discreta, pero quizás menos sincera.

Anselmo Lorenzo procedía de la Internacional, con Pablo Iglesias, pero se había separado de éste, espiritualmente, hacía mucho tiempo. Era un individualista invencible, un platónico de la libertad, un intransigente con ciertas componendas socialistas, un noble enaltecedor del genio, que flota siempre, á pesar de todas las comuniones cristianas, sobre la multitud anónima.

Con una hija de Lorenzo se había casado el joven anarquista catalán, Miranda, cuyo nombre suena constantemente en todas las algaradas; y en relación estaba el buen viejo con la juventud y la ancianidad ácrata de Barcelona; pero debe separarse el nombre de Anselmo Lorenzo de todos los que se llamaron y se llaman en Barcelona y España propagandistas libertarios, no por menos dignos, pues de todo hay en las almas de los hombres, mas sí por menos íntegros, por menos capaces de definir la libertad y de aplicarla á la vida.

Barcelona, tierra de fantasías anarquistas, ha de guardar, sin embargo, el nombre de Anselmo Lorenzo como un símbolo respetable de hombres de buen corazón, templados en el estudio, fuertes en la lucha por las ideas.

Los hombres como Anselmo Lorenzo dejan al morir una estela de resignación que no sigue nadie porque está sembrada de sacrificios y el sacrificio está cada vez más lejos—¿no es cierto, maestro Nakens?—cada vez más lejos de correr parejas con la celebridad.

### Morato

«Era este hombre bueno, y cándido, y austero, y rectilíneo, el más insigne pensador y mejor escritor «obrero» de España; no fué jamás, no pudo serlo, ni agitador ni organizador. ¡Verdad que Jaurés, Marx y Lassalle, los hombres de doctrina y de palabra inflamada y de espíritu metódico son excepciones!

Toledano, tipógrafo madrileño trabajando en *El Imparcial*, oyó en el café de la Luna, de labios de Franeli, la «buena nueva», poco después de la Revolución septembrina, y desde entonces peleó con ahínco y con fruto por la emancipación del proletariado, y también por el proletariado sufrió cárceles y destierros.

De los iniciadores de la Internacio-

nal en Madrid era el de más cultivado entendimiento y también el más firme, puesto que desde 1868 ni un solo momento anduvo retraído.

Escindida la Internacional—y acaso sobre quien más actuó Lafargue en Madrid fué sobre Lorenzo—, este hombre, gloria de la clase obrera, de los trabajadores manuales, anduvo indeciso algunos años; después cayó en el anarquismo, y gobernantes y policías llegaron á considerarle como el hombre más peligroso de estas ideas.

Retraído en su hogar—del que hizo un templo—, nada flexible en sus convicciones, enemigo de exhibiciones y aparatos, incapaz de «travesuras», negativo para la acción, policías y gobernantes se equivocaban: no se equivocaban, en cambio, si estimaban peligroso, «á la larga», el influjo de sus escritos y consejos y la perseverancia infatigable de este apóstol.

Buen esposo, buen padre, vivió de su trabajo hasta el fin de sus días; antes, como tipógrafo, como corrector de imprenta; últimamente, como traductor de la Escuela Moderna.

En ocasiones, y contra el socialismo parlamentario y sus hombres, cególe la pasión; mas ¿quién está libre de ella, ni quién puede decir que no cometió en su vida injusticia alguna?

En tiempos, el autor de estas líneas consideró á Anselmo Lorenzo como un espíritu atrabiliario y deliberadamente desconocedor de la verdad; desde no hace mucho, desde 1911, se honraba con su amistad, y las charlas sinceras que tuvo con el apóstol obrero en días de persecución modificaron su criterio; y tal vez algo el de Lorenzo.

Deja, aparte una vida ejemplar; copioso caudal de escritos; á todos supera el «Proletariado militante», ingenuo, conmovedor...

¡Bien haya la memoria de este obrero insigne y modesto!

Haber consagrado la vida á trabajar por los que han hambre de pan y justicia y ser juzgado de ese modo al morir, ¿qué mayor satisfacción ni mayor premio?

Me descubro con admiración y respeto ante el cadáver de ese hombre que supo serlo.

## El peligro clerical

### Para «El Motín»

A los que uno y otro día, con constancia digna de mejor suerte, hemos venido señalando el peligro clerical; á los pocos que hemos tomado en serio la tarea principalísi-



ma y salvadora de las energías españolas de poner á raya á la clerecía, más envalentonada cuanto más tiempo se la deja obrar, se nos ha hecho víctimas de sátira y burlas: padecíamos una obsesión; por donde quiera veíamos la mano negra; eso del peligro clerical era un delirio; ¡si precisamente España es el país de la indiferencia religiosa! ¡si aquí nadie cree!

Los que tales afirmaciones sentaban, se guardaron siempre de decir que si en España nadie, ó casi nadie cree; si ese no es el país de la fe, es en cambio el de la hipocresía; que si ahí no hay casi creyentes, abundan los Tartufos; que si á la eficacia de los sacramentos son pocos los que rinden culto por fe dogmática, son innumerables los que los frecuentan por rutina, porque eso viste, porque los que echando el pecho al agua dan á las cosas su verdadero nombre, se ven envueltos por la hipocresía ambiente en una atmósfera asfixiante, aislados en la vida social como leprosos del pensamiento.

Y el clericalismo en tanto avanza que es una bendición para los que á su sombra se cobijan. Lo ha invadido todo en todos los órdenes de la vida, magistratura, enseñanza, beneficencia, periodismo, ¡hasta el mismo hogar doméstico, en el que han desencadenado el cura, el fraile, el jesuita ó la beata una guerra intestina despiadada!

Los esfuerzos para oponer un dique á la ola clerical, van, á lo que parece, resultando estériles. Los titulados librepensadores, anticlericales, racionalistas españoles, se llaman *Andana*. Por quién ha de ocupar una presidencia, dejarán que arda la casa del vecino, creyendo que el fuego clerical no ha de amenazar la suya.

¡Qué triste es tener que confesarlo!

Tras un año de ausencia de España, mal informado de sus cosas, me había llegado á imaginar que ahí se habían abierto los ojos de las gentes á la luz de la verdad; que la *etiqueta* de anticlerical obligaba siquiera á oponerse *parlamentariamente* (la más mansa y falaz de las oposiciones) á lo que da vida, robustez y poder al clericalismo; pero por lo visto me he engañado: siguen las corrientes españolas por el cauce de la indiferencia y de la hipocresía, sin que en nuestro Parlamento se levante un Blasco Ibáñez, como en otro tiempo, á desmenuzar el Presupuesto del culto y clero desde los escaños de la oposición republicana.

Lo digo porque hoy, en *El Radical* de Madrid, uno de los pocos periódicos republicanos españoles que llegan á mis manos en este rincón de Francia, al que me trajeron en busca de un amparo para mi liber-

tad mis andanzas periodísticas, leo en su número del 24 del que cursa lo siguiente, bajo el título de *Las obligaciones eclesiásticas*:

«El presupuesto de Gracia y Justicia ha sido aprobado, casi sin discusión, en el Congreso, y es seguro que saldrá del Senado sin ninguna modificación importante. Mas no porque tengamos la convicción de predicar en desierto, hemos de dejar de afirmar uno de los puntos capitales de nuestro programa: la supresión del presupuesto de culto y clero y la separación de la Iglesia y el Estado.»

¿No es cierto, lector querido, que es desoladora la confesión que antecede, hecha por un periódico republicano?

Pero hay más aún. Remachando el clavo, pone *El Radical* la siguiente contera á su razonado artículo:

«El gran Pi y Margall se levantaba todos los años á combatir el capítulo de obligaciones eclesiásticas. El Congreso le escuchaba distraído, y su voz cada vez más débil y menos perceptible, llegaba apenas á la Tribuna. Ahora es moda no manifestarse anticlerical. Pero—y valga la frase, puesto que de culto y clero hablamos—ya nos lo dirán de misas. Devastada Bélgica, arruinada Francia. España será, cuando la guerra concluya, la tierra de promisión de clérigos, frailes y monjas. Y cuando deje de ser cursi el ser anticlerical, y—pase la cursilería de la frase—se quiera «dar la batalla» á la reacción, el espíritu clerical se habrá adueñado definitivamente del país, y no habrá ataque á lo Suñer que lo desaloje de sus posiciones.»

Después del fracaso estrepitoso de las organizaciones socialistas, internacionalistas y pacifistas á que nos ha hecho asistir esta conflagración europea, no nos faltaba más que asistir en España al anunciado fracaso del espíritu de conservación de ese pueblo desventurado.

CRISTÓBAL LITRAN

Montpellier, 27 XI-914.

## La semana de guerra

¡Todo igual!...

TODO IGUAL, poco más ó menos. En Flandes como en Francia; en Polonia como en Siberia, sigue el infernal can-can de la guerra, de la cual los partes oficiales dicen con monotonía de péndulo de reloj: hoy, igual que ayer...

Sin embargo, el día que no pasa nada de estos cuentos para la prensa, en el *diario* secreto del generalísimo Jofre se van escribiendo estas partidas:

Hoy, como ayer, 10.000 bajas de los alemanes, causadas por las escaramuzas, por los fríos, por la humedad y por las enfermedades. Diez mil bajas en las filas germanas, que detrás de las filas producen diez mil viudas, veinte mil huérfanos, diez mil hogares sin patrón y sin socorro;

diez mil esposas é hijas arrojadas por el hambre á la prostitución ó al hospital ó al cementerio. Todo igual.. salvo estas cuarenta mil víctimas, tragadas por la tierra, unos; por el manicomio, otros; por el torrente de la desgracia todas...

Esto es lo que cuesta un día tranquilo de guerra, á Alemania: un día en que nada ocurra. Otro tanto cuesta á los franceses, ingleses, y belgas. Otro tanto cuesta á Rusia y Austria y bien pronto otro tanto costará á Turquía y á Persia. Cuarenta mil multiplicado por cuatro... ¡Ciento sesenta mil víctimas... ¡todo igual!

En una semana, la suma de estos siete telegramas iguales, arroja un total IGUAL: una semana igual á la anterior, significa, pues, *un millón y cincuenta mil víctimas* humanas, muertos, mutilados, enloquecidos, infestados, arruinados, moribundos ó desesperados.

A este extremo ha llegado la fatalidad del cronista de este tiempo: á pasar por delante de este millón de víctimas y escribir este cartel: no ha pasado nada de particular.

Cada día de guerra, en el presupuesto oficial de Inglaterra, figura con un millón de libras esterlinas. ¡Veinticinco millones de pesetas en un día, para una sola nación!... ¡Y son diez las que están en guerra!...

¿Cuántos millones diarios cuestan en conjunto? Cuarenta, cincuenta, cien, doscientos millones... ¡lo incontable!... Digamos cien millones... El ejército que se bate á la desesperada no cuenta. Cien millones gastados en mantener y proveer los ejércitos de veinte millones de combatientes. Un error de diez ó de quince millones no importa en esta contabilidad. Veinte millones de obreros que debían producir en el trabajo otros cien millones que no producen... ¡Doscientos millones diarios que cuesta la guerra por estos dos conceptos, á los países de lucha!... Y doscientos millones que estorban al comercio y la industria de los pueblos neutrales... ¡Seiscientos millones, cada día de tranquilidad!... En una semana, ¡cuatro mil millones! robados por la guerra al sudor humano.

Y el cronista ha de escribir en esta cifra:

Nada: ¡todo igual!...

**ALMANAQUE**  
cómico DEL CARLISMO  
para 1914

con sesenta caricaturas

Precio: 1 peseta.

**Dios ante el sentido común**

PRECIO: UNA PESETA



# EL MOTIN



Lo que dicen que harán los clericales españoles si se rompe la neutralidad.

Ayuntamiento de Madrid



## Andando por Madrid

Treinta millones tirados á alcantarillas

QUE SE ENTERE EL PÚBLICO, EL AYUNTAMIENTO NO HA QUERIDO ACEPTAR UNA OFERTA PARA EJECUTAR GRATIS LAS OBRAS DEL SUBSUELO, PORQUE TENIA PROYECTADO GASTARSE 40 MILLONES DE PESETAS (20 EL MUNICIPIO Y 20 EL ESTADO.)

Figurénse ustedes que este pobre Juanito Pérez se encuentra con un voluminoso paquete que lleva ese título; figurénse ustedes que el protocolo no tiene firma conocida y que D. José le dice:

—Tire usted eso; nada bueno puede esperarse de quién se oculta. Procedimiento de malhechores y mujerzuelas.....

Regresaba de la redacción, boulevard arriba, queriendo justificar con razonamientos la falta de firma que me impedía dar un golpe periodístico...

¿Y si el que denuncia es un ciudadano amante de Madrid que está empleado en el Municipio y por miedo á perder los garbanzos no firma...?

¿Y si es una venganza personal indigna...?

¿Será una añagaza del contratista para variar el proyecto y buscar justificación á unas pesetas más...?

¿Será un despedido...?

Llegué á mi casa y... ¡picara curiosidad!... leí las cuartillas... No había terminado la lectura cuando llegó un chico con la carta del Ingeniero director de las obras, Sr. Lorite, que publiqué en el número anterior... La carta, el sobre y la faja en que venían envueltas las cuartillas, estaban mecanoscritas con tinta azul... ¡Parecían de la misma máquina!

Terminé la lectura.

No se citaba ningún nombre ni cargo. No era, pues, venganza ni despecho.

No se proponían reformas. No era añagaza del contratista.

No se censuraba á nadie... pero se citaban y copiaban instancias y resoluciones... Era preciso comprobar si aquello era verdad.

Fuí al Ayuntamiento. Impenetrable silencio. Todos me suponían redactor de *El Mundo* y parecían juramentados para no decir nada.

Fuí al Gobierno. Allí estuvieron más explícitos, pero no encontré rastro alguno. Fuí á Gobernación. Nada tampoco. Pregunté, indagué... Nada.

Descorazonado abandonaba el asunto, cuando un amigo me dió un nombre (1) Vea usted á esa persona

(1) He dado palabra de no decirlo ni insinuarlo.

y si no le dice nada renuncie á su propósito.

Fuí á verle y NO QUISO decir nada, pero me entregó un folleto añadiendo: — Como el folleto lo he repartido á muchas personas, no tengo inconveniente en dárselo; vea usted si puede sacar algo en limpio.

Leí el folleto y en él encontré una copia de instancia, que coincidía con la del manuscrito. Tomé más datos, y ya con ellos pude comprobar la exactitud de la denuncia.

En 10 de Junio de 1908 se presentó una instancia al Ministro de la Gobernación solicitando autorización para presentar un proyecto que sin gasto del Municipio ejecutaria las obras de saneamiento.

### Memoria que acompañaba á la instancia (Varios trozos.)

Las obras que proponía eran las siguientes:

Unificación del plan de alcantarillas del interior y ensanche. Construcción de los enlaces necesarios y reparaciones en todo lo antiguo, regularizando pendientes, dando más alturas para establecer otros servicios por su interior y haciendo impermeable la solera sobre que discurren las aguas.

Construcción del alcantarillado visitable, que es necesario tanto en el interior como en el ensanche.

Desaparición de los pozos negros, construyendo redes tubulares, de carácter provisional, en los sitios donde sea probable una radical transformación, cuando se haga el proyecto de urbanización del extrarradio.

Colectores generales de conducción de aguas sucias. (Parte de la obra está concursada por el Estado) (1).

Instalación de todos los servicios urbanos por el interior del alcantarillado, incluso la extracción mecánica de basuras por la alcantarilla.

El presupuesto de las obras no excedería de 30 millones de pesetas.

### Posibilidad de realizarlas una empresa particular

La ejecución de estas obras puede ser fácilmente realizable por una sociedad particular, que prestaría con ello un señaladísimo servicio al pueblo de Madrid y realizaría un negocio reproductivo, arrancando al Municipio de las garras especuladoras de empresas extranjeras que vienen á realizar pingües ganancias, explotando la desconfianza del dinero español á meterse en empresas españolas, ó la confianza en nuestra incapacidad de banqueros ingleses, franceses, belgas ó americanos á quienes un chantage hábilmente ur-

(1) Posteriormente se declaró desierto este concurso.

dido, saca el dinero y mata un buen asunto.

En tres periodos podemos dividir la operación: el primero, desde que se solicita la concesión de estudios hasta que se saca á subasta la obra; el segundo, desde la adjudicación de la misma hasta la terminación de las obras; y el tercero, al que podríamos llamar periodo de conservación y entretenimiento, hasta la caducidad de la concesión.

En el primer periodo sólo se necesita hacer la solicitud al Ministro de la Gobernación, el cual, con arreglo al artículo 25 del reglamento vigente, la concede, fijando el plazo en que ha de presentarse el proyecto y la cantidad que el peticionario debe depositar en la Caja de Depósitos, para responder de las indemnizaciones que hayan de abonarse á los particulares, por los perjuicios que á consecuencia de los reconocimientos que se practiquen, se produzcan á las fincas.

Después de terminado, el proyecto se presenta, retirando la primera fianza y consignando otra del uno por mil del presupuesto total de la obra (30.000 pesetas). También en papel del Estado.

Segundo periodo. DE EJECUCIÓN DE LAS OBRAS. Requiere un plazo de seis años para realizarlas en buenas condiciones, toda vez que no sería práctico ejecutar más de cinco millones de pesetas por año sin alterar las condiciones en que está Madrid de obreros y materialistas. Por tanto, la emisión de acciones podría subdividirse en seis plazos, de cinco millones cada uno.

Para garantizar el interés al dinero en ese periodo, se consignaría en el proyecto que el Ayuntamiento abonaría la cantidad necesaria y de la que puede disponer holgadamente sin castigar su presupuesto ordinario, puesto que en la actualidad consiga anualmente 1.200.000 pesetas para alcantarillas nuevas, que no serían necesarias al hacer este proyecto, con el cual se ejecutaban cinco millones en vez del 1, 2 que ahora se hacen.

Pero el Estado subvenciona las obras con el 50 por 100, luego el Ayuntamiento tendrá que pagar por sus 15 millones al 5, 5 por 100 de interés, 150.000 pesetas por año ó sean 825.000 pesetas en los cinco años.

En ese periodo de tiempo, el Ayuntamiento hubiese gastado siete millones doscientas mil pesetas á (1.200.000 por año) lo cual supone una economía municipal de 6.375.000 pesetas, con la circunstancia que por los 7 millones sólo tendría obras por este dinero, mientras que con las 825.000 pesetas de gasto tiene alcantarillas por valor de 30 millones. (Téngase en cuenta que en este pro-



yecto se incluía la extracción de basuras por la alcantarilla y las galerías para agua, gas, electricidad, etcétera, y en el proyecto que se está ejecutando no están incluidas, y por tanto, además de los 38 millones, habrá que gastar otros.

#### INGRESOS QUE PRODUCIRIAN LAS MISMAS OBRAS

Tercer periodo.—CONSERVACION Y ENTRETENIMIENTO.—Terminadas las obras, el Ayuntamiento obtiene en sus presupuestos la siguiente economía. (Presupuesto de 1907.)

Presupuesto de alcantarillas, Interior, conservación.....	820.854,53
Presupuesto de alcantarillas, Interior, Obras nuevas.....	600.000,00
Presupuesto de alcantarillas. Ensanche. Conservación.....	605.626,00
Presupuesto de alcantarillas. Ensanche. Obras nuevas.....	600.000,00
Total pesetas.....	3.062.480,53

Para el pago de las obras y conservación, se establecerá en el proyecto con arreglo al artículo 3.º de la ley, la creación de un arbitrio municipal, que se llamará SANEAMIENTO. Este arbitrio se pagará por los inquilinos, bien á un tanto el metro cuadrado de superficie que ocupe la vivienda, ó bien un tanto por ciento sobre el precio del alquiler, exceptuando del impuesto los cuartos que tengan menos de una determinada superficie ó los que paguen menos de una determinada cantidad mensual de alquiler, para no recargar á las clases desheredadas (1).

En cualquiera de los dos casos, el aumento no sería importante.

Veamos la cantidad necesaria anual.

1.º Interés y amortización de 3.000.000 al 5,50 por 100.....	165.000 pts.
2.º Limpia y reparaciones de alcantarillas.....	160.000 —
3.º Vigilancia de idem.....	150.000 —
4.º Gastos de cobranza y administración.....	140.000 —
5.º Imprevistos...	100.000 —
6.º Cantidad anual que se destinará al mejoramiento de la red ó á que se constituya un fondo de reserva para ampliaciones sucesivas de las obras.....	285.000 —
Total.....	1.000.000 —

(1) Esta es la idea que ha servido para la sustitución de los consumos.

Si se establece el impuesto por superficie y se tiene en cuenta que la habitada en Madrid es superior á 50.000.000 de metros cuadrados, resultaría para cada uno 2 CENTIMOS POR METRO Y AÑO.

Si se estableciese por el inquilinato, como en Madrid hay 17.000 fincas que producen anualmente 90.000.000 de pesetas, bastaría un recargo del 1,10 por 100 sobre el precio del alquiler; cantidad insignificante comparada con las ventajas de una importante baja en la cifra de mortalidad y con el mejoramiento general que experimentarían todas las clases sociales al poner en movimiento los treinta millones que importan las obras en seis años, mejoramiento sentido ya con anticipación á la fecha en que se empezase á recaudar el nuevo arbitrio.

Utilizando las grandes galerías que tiene el Canal de Isabel II, en combinación con el alcantarillado nuevo y reformado, podrían establecerse en unas y otras los cables de la luz, tuberías del gas, etc., cobrando á las distintas compañías un cánón, que tal vez llegase á la cifra necesaria para amortizar el mayor gasto de la obra, toda vez que hoy pagan por calas cantidades respetables, y se quitaría de una vez para siempre la vergüenza del pavimento removido.

Claro está que al tener en cuenta esta subvención y la idea de utilizar las galerías, cambian las cifras antes apuntadas, en la forma siguiente, pero no la idea esencial del proyecto.

#### Ingresos probables

1.º Redes tubulares.—Por derechos de acometidas á ellas en sustitución de lo que hoy pagan por extracción de los pozos negros.....	100.000
2.º Cánón de ocupación de alcantarillas.—Las empresas de luz, gas y agua gastan en calas próximamente.....	400.000
(El Ayuntamiento se economizaría, además, una cantidad importante por reparaciones del pavimento).	
3.º Cánón de acometida de las casas particulares.—Al suprimir los gastos de limpieza y reparación podría cobrarse á los propietarios una pequeña cantidad por el desagüe, 50 pesetas por finca y año.	900.000
4.º Licencias de obras en alcantarillas y nuevas acometidas.....	100.000
Total pesetas....	1.500.000

De donde resulta, que contra un

gasto de un millón de pesetas por año las obras producen millón y medio, con el cual hay margen para el negocio de la Compañía y una utilidad positiva para el Ayuntamiento.

Hasta aquí la memoria presentada. Veamos ahora el

#### Informe de la junta de urbanización y obras del ministerio de la Gobernación. (Trozos.)

Resultando que remitido el expediente á la Junta Consultiva de urbanización y obras de este ministerio, la misma expresa QUE SE TRATA DE UN ESTUDIO MUY MEDITADO y el asunto es de necesidad efectiva OFRECIENDO EL AUTOR GARANTIAS DE INTELIGENCIA Y APTITUD por lo cual PROCEDE CONCEDER LA AUTORIZACION QUE SOLICITA.

En VISTA del informe se dictó la siguiente

#### Real Orden

Resultando que LA ALGALDIA MANIFIESTA que el Ayuntamiento se ocupa con preferencia del saneamiento del subsuelo de Madrid, á cuya obra ha de contribuir el Estado con el 50 por 100 y su terminación coincidirá con los plazos que señaló la ley de 13 de Agosto último; que si bien considera que todas las iniciativas en tan importante asunto son laudables, en términos generales ES INACEPTABLE EL PROYECTO (1) que se presenta por carecer de base de información y además porque el Municipio no puede obligarse á compromiso alguno con sociedades ó particulares en asunto de su propia iniciativa, estimando que entorpecería la acción municipal cualquier proyecto que en tal sentido se presentase y que hubiera de procederse á su estudio. Considerando que con arreglo al artículo 16 de la ley de 18 de Marzo de 1895, es potestativo de este ministerio CONCEDER ó NEGAR autorización para verificar los estudios de un proyecto de reforma interior ó saneamiento de los comprendidos en dicha ley.....

S. M. el Rey. (q. d. g.) en vista de las razones indicadas, ha tenido á bien disponer que no se acceda á lo que pretende D... NO CONCEDIENDO LE LA AUTORIZACIÓN QUE SOLICITA para verificar los estudios de un proyecto de saneamiento general del suelo y subsuelo de Madrid.

¿No está comprobado con lo dicho que el Ayuntamiento PUDO hacer gratis unas obras que le cuestan 38 millones?

Podrá objetarse que quien tal ofrecimiento hacía, no sería por al-

(1) Lo presentado era una Memoria pidiendo autorización para hacer proyecto, no el proyecto.



truismo, que algo iría á ganar. Seguramente; pero sin conocerlo ¿porqué se desechó?

¿Acaso no pudo equivocarse en sus cálculos y perder la Compañía, ganando el Ayuntamiento? Todos los negocios no son infalibles.

¿No hemos visto contratistas de obras de ferrocarriles por valor de muchos millones que se arruinaron? Ahí está el puerto de Pajares que no nos dejará mentir.

Reciente está la misma contrata del Saneamiento en la que los técnicos municipales probaron que el concursante de una de las proposiciones se había equivocado en 5 millones de menos y el ministro, *demostrando gran interés por él*, anuló el concurso, para adjudicarlo unos meses después á los actuales contratistas por los cinco millones más.

Y aquí planteamos el dilema siguiente, que brindamos al Sr. Dato, por si ha pensado en la inspección municipal.

Por no escuchar una proposición, decidió el Ayuntamiento gastar 38 millones en lo que gratis le ofrecían.

Por escuchar demasiado detalladamente otra, perdió 5 millones.

¿Que el proponente primero pensaba crear un impuesto sobre el alcantarillado?

Es posible. Pero también el Ayuntamiento lo ha creado, y por su mala administración gastará en cobrarlo más que el plazo anual necesario para pagar 20 millones, resultando en definitivas; el canon creado, los rendimientos de las obras en pérdida y sin hacer la extracción de basuras por la alcantarilla ni la instalación de tuberías y cables por galería.

Para limpiezas ya nos aumentan este presupuesto en 350,000 pesetas, que no hubieran sido necesarias con el proyecto desechado.

Y para galerías de servicios públicos ya han presentado otro proyecto de 60 millones.

Y conste que no tratamos de producir alarmas infundadas, sino inspecciones necesarias.

Por lo pronto ya sabemos y HE-MOS VISTO en Recoletos y en la Castellana dos zanjas que se han abierto y se han tapado sin hacer nada en ellas.

¿Quien paga esas equivocaciones?

¿Están haciendo ensayos ahora después de haber gastado en el proyecto de Saneamiento más de cincuenta mil duros?

JUAN PÉREZ

(Se continuará)

## La mortalidad en Madrid

Cuando asuntos de mayor importancia que este de la mortalidad ex-

cesiva lo consienten, se discute el problema en el Congreso, y en el debate han dado en el clavo los señores Talavera y Francos Rodríguez, si no mienten las reseñas de la prensa.

Una vez más el pobre diablo que firma estas líneas comparece y plantea la cuestión con cifras, siquiera sean un poco atrasadas.

En 1907 la mortalidad de Amsterdam subía á 13,4 por año, y la de Madrid á 27,3. (Amsterdam sirvió de tipo comparativo al señor diputado que planteó el problema andándose por las ramas.)

Amsterdam—dijo—es población de poca mortalidad por sus excelentes condiciones higiénicas. Veamos: Por millar de habitantes las defunciones por infecciosas fueron en Amsterdam, 0,6, en Madrid, 1,5, por tuberculosis, 1,4 y 2,5, y por diarreas y enteritis, 0,5 y 2,4.

Supongamos que una higiene tan perfecta como la de Amsterdam logra para Madrid iguales proporciones, y nuestra mortalidad habría sido aquel año de 23,4; luego no parece que está ahí el nudo del problema. Supongamos más, y es que en Madrid no murió en 1907 nadie por infecciosas, tuberculosis ni diarreas, y la mortalidad habría sido de 20,9 ó sea 7,5 por mil mayor que en Amsterdam.

Es indudable que la higiene supuso menor mortalidad para Amsterdam, pero aquel año, el obrero carpintero de Amsterdam podía comprar con el salario de un día hasta 15,270 kilogramos de pan y el obrero madrileño sólo 8,120...

En ese mismo año, 1907, la mortalidad en el barrio de Bellas Vistas subía á 34,41 por mil y en el barrio del Ayuntamiento de 19,54. En altitud, ventilación, el primero es ideal; el segundo no puede ser peor; ¿cómo pueden explicar los higienistas este exceso de 14,87 defunciones por año y millar de habitantes en daño del barrio mejor de Madrid?

Pues sólo tiene una explicación: que en Bellas Vistas la población es esencialmente obrera, y en el Ayuntamiento de gente un tanto acomodada.

La mortalidad por infecciosas es de 1,50 por mil en Ayuntamiento y 2,90 en Bellas Vistas; por tuberculosis, de 1,29 y 3,56, y por diarreas de 2,36 y 5,01.

Pongamos para Bellas Vistas las proporciones de Ayuntamiento y su mortalidad será de 28,09 (855 mayor); pongamos que no muere nadie por infecciosas, tuberculosis y diarreas, y la mortalidad será de 22,94 (3,53 mayor que en Ayuntamiento)...

Madrid es una de las grandes poblaciones más sanas del planeta; lo que pasa es que la gente se muere de hambre.

¿Quieren enterarse los señores diputados, conciajes é higienistas?

EL ARRÁEZ MALTRAPILLO

## Los cánones y los cañones

El asqueroso genio de Thenardier, soberbiamente descrito por Victor Hugo en sus *Miserables*, yendo á la zaga de los ejércitos para desbalijar heridos y muertos, surge en esta guerra europea con una fecundidad de epidemia. ¡Los traficantes de la guerra! ¡Los mercaderes chacales!

Pero no podía esperarse que se produjera en la Iglesia con el carácter fulminante que va tomando. A diario publican en los periódicos, artículos encaminados á hacer creer que la guerra produce el resurgimiento del sentimiento religioso, como alarido loco de dolor desesperado. Y los católicos se regocijan con este efecto de la matanza infernal, que viene á ser Madre de la fe y aliada del misionero. Al igual que los mercaderes chacales, estos católicos no ven en la guerra el estrago terrorífico: ven sus ganancias... el aumento de la fe, que se va á traducir en ensalzamiento del clero, en oraciones, rogativas, misas, responsos, y por último en moneda cantante y sonante, pues sabido es que cada acto de fe en el creyente es una moneda en las arcas de la Iglesia.

¡Menguada religión la que necesita tales propagandas! ¡Menguada hija la que nace de tal madre!...

Pero no es ya solamente el sentimiento religioso del individuo el que ven venir los católicos en ese torrente de sangre humana; es el Vaticano el que dispara su diplomacia por el mundo para extraer de la fosa de los ejércitos y de los pueblos, el arreglo y compostura del desvencijado edificio eclesiástico y el renacimiento del poder pontificio cuyo restablecimiento se susurra estar en los planes del Kaiser, si triunfa, en castigo de la perfidia con que Italia se negó á dejarse arrastrar á la guerra.

Ya está restableciéndose esta soberanía pontificia. Dase como seguro que, mientras perdure la guerra, el gobierno inglés mantendrá un embajador en el Vaticano. «Todas las naciones beligerantes—escribe Hanotaux—están representadas cerca de la Santa Sede, menos Francia», y propone la reanudación de relaciones diplomáticas con el Papa.

¿Qué pito toca el Papa en esta contienda? ¿De cuáles secretos resortes dispone, que puedan influir en la marcha de los sucesos, en pro ó en contra de un partido?

¿Cuál nueva Santa-Liga puede



idear ahora, en este raro choque en el cual sus cardenales, sus obispos y sus frailes baten unos contra otros á la desesperada, y atraviésanse sus pechos con los báculos é hisopos trocados en espadas? ¿Cuál agua bendita poseerá el secreto de apagar los incendios producidos con aspergeos de petróleo, por aquellos que tenían jurado á Dios y á los hombres no abandonar el hisopo?

Algo habrá de temible en los arcanos de la curia pontificia, cuando con tanto ahinco solicitan los Estados ser admitidos en ellos.

Por lo pronto, el Papa va edificando, con la argamasa de la sangre y del plomo de las trincheras y con los muros de catedrales y ciudades demolidas, el nuevo edificio de su soberanía de protocolo, y reconstituye su corte de embajadores.

Algo debe haber en la trastienda vaticana.

Y si bien creemos sinceramente que de la guerra será víctima definitiva la Iglesia, á plazo no lejano, y por tanto, que todo cuanto se edifique sobre la base de la sangre vertida, si no es sólido de suyo, será efímero y quebradizo; no obstante esta creencia, la actual maniobra vaticana debe ser notada y puesta de relieve en la cuenta corriente que le tiene abierta la Humanidad, y cuyo balance se está preparando.

De lo que ha de venir todavía, no es caso de hacer grandes cábalas.

Hanotaux reclama en Francia la reposición de las relaciones con la Santa Sede, en previsión de la fuerza que ésta puede tener en el *ajuste de las paces*...

Quizás Hanotaux sea víctima de un espejismo.

El ajuste de las paces no vendrá antes del quebranto total de uno de los bandos beligerantes. Los terribles sucesos de la guerra van encauzándola hacia ese camino, de hacerla perdurable hasta ese extremo. La ferocidad alemana, la devastación de Bélgica, las innumerables víctimas que se acumulan, los inmensos sacrificios que impone, van creando en el mundo un estado de ánimo que va exigiendo de los aliados el dilema «ó vencer ó morir», que les impone también la necesidad de venganza. No: no puede quedar inulto el asesinato alevoso, premeditado y villano del pueblo belga. La humanidad presente y futura lanzaría su maldición sobre una paz pactada sin el máximo posible resarcimiento de los daños ocasionados á la nación inocente é inofensiva, que fió su existencia á la lealtad de los pueblos y á la seriedad de los Estados.

Y esto supuesto, ¿tienen Alemania y Austria medios bastantes para resarcir estos daños? ¡No! Aquí, como

en los casos de los grandes foragidos, el Derecho y la Justicia han de cobrar en la piel del criminal el daño que no puede pagar de otro modo. Aquí, los interesados han sido los que se han condenado á muerte: ambos imperios han de desaparecer, ó han de desaparecer las naciones de los aliados.

El ajuste de paces vendrá después de desvanecido este dilema y cuando quede en el campo de batalla el vencedor solo, no para ajustar la paz, sino para imponerla á su talante, en una capitulación sin condiciones con un factor nuevo.

Si venciera Alemania, el Kaiser será el que redactará la constitución de Europa, sobre bases muy distintas de las que tuviese previstas antes de la guerra, en la cual tantas novedades ha aprendido, y entre ellas, la existencia de un *poder moral*, que no es el embolismo de la Haya, comedia de pacifismo, ejecutada por los actores de la fracasada Diplomacia europea; que no es el poder religioso encerrado en Iglesias, Sinodos y Concilios de las sectas; poder moral de nueva estructura, difuso todavía y no personalizado, pero que se extiende en toda la humanidad, que va penetrando cada individuo, y que va produciéndose cada vez más enérgico y vibrante.

A este *poder nuevo* ha tenido que sucumbir la altanería cesárea: y este va á ser el tribunal único á cuyo beneplácito habrá de someterse el *ajuste de paces*.

Este nuevo poder moral hará y tiene ya hecho gran parte del balance de la guerra. En su libro Mayor, la Iglesia y el Vaticano tienen una larga cuenta que les presenta, en resumen, como instigadores y grandes culpables de la actual hecatombe.

¿Cómo no?

¿No significa nada la pretensión del Emperador de Austria, de recabar del Papa la bendición exclusiva para sus ejércitos? Si no hubiese contado con esa bendición, de la cual esperaba que cada púlpito católico se convirtiera en pregón de guerra, cada santo en heraldo y cada prelado en capitán; si no hubiese contado con que esta bendición de los suyos contenía la maldición de los contrarios, cuyos creyentes quedaban condenados al suplicio de haber de luchar con el enemigo de afuera y con el infierno de su conciencia adentro; si con esta fuerza no hubiese contado ¿se habría lanzado á la guerra?

En los cálculos de los políticos alemanes, ¿no se citan expresamente las discordias religiosas de Francia, como auxiliar de los germanos; y estas discordias no fueron movi-

das, atizadas y sostenidas por el Vaticano?

Con solos estos dos capítulos de cargo, amén de otros muchos, en el futuro *ajuste de paces*, el Vaticano y la Iglesia aparecen como principales instigadores de la guerra.

Pero esta instigación ha sido un doble fraude. El emperador de Austria se vió defraudado en su pretensión. Su celo católico fué tratado como gentil y pagano. El Papa bendijo á sus enemigos como á sus amigos. Y de aquí, el emperador ha debido sacar el ánimo que atribuyó al Kaiser la prensa á raíz de la decepción de Italia, con el telegrama á este rey: «No olvidaré la traición; yo ajustaré las cuentas á Italia.»

La instigación vaticana sirvió para fomentar el espíritu guerrero, para hacer concebir las esperanzas luego defraudadas, para producir el incendio y echar á correr.

Es inútil que Hanotaux intente absolver de esta culpa á la Iglesia, al escribir que «el Papa actual y su secretario, proclamándose imparciales, eluden responsabilidades que no les incumben.» Esto es un sofisma.

El Papa actual disfruta de las ventajas y provechos logrados con aquellas instigaciones á la guerra. Este disfrute encierra el cargo de las responsabilidades. Al ponerse á las tomas se pone á las dadas. El Papado es el mismo, aunque el Papa sea distinto.

El Papado, y no José Sarto, fué el instigador del odio á Francia y el azuzador de la guerra. El Papado, y no della Chiesa, es el que va á responder en el Balance, cuya sentencia está en los propios resultados: «Iglesia, imperialismo y militarismo»: he aquí los monstruos engendradores de la guerra. O Europa acaba con ellos, ó ellos acaban con Europa... El Vaticano ha sido la casa Krupp, que prometió los cañones de la excomunión que han hecho higa... Con ellos se contaba tanto como con el 42. Ahora el Vaticano dice el «tío yo no he sido...»

Inventó el sistema el capitán Araña, á quien los futuros legisladores de la paz conocen sobradamente.

P. O.

## Hablar por hablar

Entre las muchas cartas que recibo estos días, vienen algunas en que se me dice que las bajas de EL MOTIN se deben principalmente á la supresión del *Manejo de flores místicas*.

O son nuevos esos lectores, ó no recuerdan ya que tuve que suprimir el célebre *Manejo*, porque había números en que no contaba ni con una flor para confeccionarlo.

Ya en 1894 (véase el número 6, correspondiente al 11 de Febrero) me



ví obligado á publicar el siguiente artículo:

## LA ESCASEZ DE FLORES

Me pregunta un suscriptor por qué no se publican ahora en EL MOTIN tantas flores místicas como antes.

Porque los correligionarios no me mandan noticias. Como nunca invento un hecho, por respeto á la verdad, por amor á la justicia y porque nada ganaría el periódico con publicar falsedades, aguardo á que me comuniquen personas de confianza las hazañas de los presbíteros. ¿No lo hacen? Pues nada puedo decir.

La cobardía, la indiferencia y la hipocresía van en aumento. Cuando comenzó EL MOTIN, y aún años después, eran tantas las cartas que yo recibía denunciándome abusos y faltas de los hombres negros, que tuve que publicar un «Suplemento» semanal para poder apuntarlas ligeramente, adoptando en ocasiones el estilo telegráfico á fin de que entrasen más en cada número.

¿Pero hoy? Ciudadano hay que al mandarme una noticia oculta su nombre, el pueblo en que vive, y todavía me suplica tembloroso que por nada del mundo descubra quien es.

Esto responde al estado general del país: el achicamiento en todo, en ideas, en propósitos, hasta en estatura. Dentro de poco este va á ser un país de enanos, física, moral é intelectualmente.

Bien mirado, casi me explico que no me manden noticias para flores; ¿qué han de hacer los individuos aislados, cuando ven que gobiernos y autoridades echan su manto protector sobre los desmanes del clero? ¿Cuándo oyen á republicanos importantes ensalzar sus virtudes?

Comete una falta uno de sus individuos, de lujuria especialmente (les asesinos se suelen castigar alguna vez), y aunque se le procese, aunque se le prenda, no haya miedo de que se le castigue; á lo mejor resulta que no ha habido tales carneros, ni tales niñas violadas, ni tales niños profanados. ¿Y qué hacer ante la verdad legal? Callar, no vaya uno á pagar los vidrios sin haberlos roto.

La prensa que hace públicas las faltas, los delitos ó los crímenes de los clérigos, se ve anatematizada y perseguida con saña inaudita. ¿Cómo no ha de retraerse?

Y lo más triste es que en el fondo nadie cree hoy en nada, ni jueces, ni prensa, ni gobiernos, ni autoridades, ni los mismos que, por razón de oficio tienen la obligación de creerlo todo. Pero es preciso seguir la corriente, y vamos viviendo, y que el engaño siga y el error se perpetúe, aunque se lo lleve todo la trampa.

Así, repito, no me extraña que no

se me manden noticias. Si esto cambiara y la República viniese, habría probablemente que hacer EL MOTIN diario sólo para publicar flores.

Hasta tanto, conténtense mis lectores con aquellas que aquí lleguen, algunas ajadas ya, sin colores vivos y asemejándose á las contrahechas.»

Han pasado veinte años desde que escribí ese artículo; años en que ha retrocedido España tres siglos en la parte religiosa. Curas y frailes son hoy los amos en todo; los gobiernos y las autoridades están á su servicio; ni en las Cortes ni en la Prensa los toma nadie en boca como no sea para ensalzarlos; no es extraño, pues, que hayan dejado todos de enviarme flores para el Manojó. Y no recibéndolas, ¿cómo voy á hacerlas?

Vengan, dando la cara el remitente, y ya se verá si vuelvo á ofrecerlas al público, en Manojó, ó sueltas.

Lo primero que se necesita para un guiso de liebre, es la liebre. Sin ella, no hay medio de hacer el guiso.

## LA AMNISTIA

Ayer fué publicada en la Gaceta la ley. He aquí el articulado:

«Artículo 1.º Se concede amnistía á todos los sentenciados, procesados ó sujetos de cualquier modo á responsabilidad criminal en razón de delito realizado por medio de la imprenta, el grabado ú otro forma mecánica de publicidad, por medio de la palabra en reuniones públicas ó con ocasión de las huelgas de obreros, siempre que no se trata en los primeros casos de los delitos de injuria y calumnia contra los particulares, y en las huelgas obreras, de los delitos comunes ni del insulto ó agresión á la fuerza armada.

Art. 2.º Las personas que por virtud de los procedimientos á que se refiere el artículo anterior, estén detenidas, preas ó extinguiendo condena, serán puestas inmediatamente en libertad, si de ella no estuvieran privadas por otra causa, y las que se hallen fuera del territorio español, podrán volver á él, debiendo sobreseerse libremente los procesos, cualquiera que sea la situación en que se encuentren los sujetos por ellos á responsabilidad criminal, salvo la civil que se reclame á instancias de parte legítima.

Art. 3.º Los que deseen acogerse á los beneficios que concede esta ley, lo verificarán en el término de cuatro meses, contados desde la fecha de su promulgación.

Art. 4.º Los ministerios de Gracia y Justicia, Guerra y Marina dictarán las reglas e instrucciones necesarias para la aplicación de esta amnistía.»

## Condenación de la guerra

## NI RELIGION NI SABIDURIA

Se ha llegado al guirigay más grande en esto de las discusiones de la guerra. Lo mejor es no dar beligerancia a quien no la merezca. Es decir, lo mejor es—cuando nos quieran meter en conversación semejante—dejar hablar primero unas palabras al que nos pregunta algo ó al que empieza á hablar. Es seguro que muy enseguida, á poco observador que se sea, deduciremos claramente si debemos conversar de la guerra con el nuevo conversador ó si no debemos hacerle caso.

Se puede estar en antecedentes ó no se puede estar. Lo más corriente, es claro, será que no se esté; el secreto de las cosas no está á nuestro alcance en asuntos de esta índole tan transcendental. Se puede asegurar sin equivocarse que nadie de los que hablamos de la marcha de la guerra y del porqué hay guerra, estamos en el menor antecedente serio para poder hablar. Excusado es decir para hacer afirmaciones. Cada vez que vemos hacerlas tan enérgicamente y con aires de definitiva suficiencia, nos entran fuertes ganas de lo que no puede escribirse. Cuando no se puede estar en antecedentes—cosa que nos ocurre á casi todos, por no decir á todos, que bien podría decirse—hay necesidad de suplir esa falta documental para hacer afirmaciones y formar juicios con un gran sentido al servicio de algún saber general. Y aun entonces hay que hablar con miedo y con humildad grandes. No se trata sólo del sentido común, que dicen que es precioso tener; el sentido común le tengo por muy poca cosa, á fuerza de ser sentido común. A lo que yo me refiero, siempre que uno no disponga de un saber especial, siempre que uno no esté bien provisto de datos, es al sentido extraordinario, no al común. Y cuando se me provoca á una discusión de estas de la guerra, á una discusión por lo tanto tan difícil, me atengo a esto: oír algo al que me habla, y como no le descubra sentido extraordinario, puesto que no es natural que esté en los secretos políticos y militares, no hablo. ¿Para qué? Lo que más puede entristecer á un alma activa es la inutilidad de la acción sabida de antemano.

Creo que el mito cristiano de que todos somos hermanos, habrá quedado patente una vez más. Nunca creí en que todos éramos hermanos, naturalmente; ó ver ó no ver; ó tener sentidos ó no tenerlos. Creer en que todos somos hermanos, nada más



que porque se nos haya metido la frase en la cabeza á fuerza de machaqueo, es ser materia bien sugestionable y es tener alma bien poco consciente; hasta es una ofensa para Dios si le hay y anda en estas cosas de aquí abajo; que por lo bárbaras que son no debe haberle ni andar. Creer siempre que todos somos hermanos y estar pasando toda la vida horrores de matanzas y latrocinios entre los hombres, es verdaderamente acreditarse de alma parada, atónita y casi imbécil. Está el mundo bien sugestionado para oír siempre la frase «amaos los unos á los otros», cuando la frase verdadera no es esa, sino «robaos los unos á los otros», «mataos los unos á los otros». Un día tuve que llevar á un pobre amigo loco de misticismo para dejarle en un sanatorio de París; tenía la manía de que pronunciaban cerca de su oído una frase: ¡Entrégate, entrégate!—decía el pobre que oía. Era la voz del demonio que andaba siempre detrás del alma. Pues el doctor que era un sabio—¡cualquiera cree en sabios ya, por otra parte!—me decía que era inútil toda reflexión para convencer al pobre amigo, porque el enfermo oía clara y distintamente, absolutamente, como si la frase fuera pronunciada en efecto. Y cuando estábamos hablando y él nos respondía bien, solía á veces interrumpirse ó interrumpirnos para hacer silencio y escuchar la frase: ¡Entrégate, entrégate! A veces se quedaba atónito, otras nos decía sonriendo como vencedor de la duda nuestra: ¿Lo oyen ustedes ahora bien claro? Hemos pruebas haciendo que oportunamente se pronunciara otras frases, esta por ejemplo: ¡Estás salvado, estás salvado! Pero el pobre siempre oía la del demonio: ¡Entrégate, entrégate!

Lo mismo pasa con esta humanidad tan envanecida de cristianismo. Siempre oye: ¡Amaos los unos á los otros! ¡Todos somos hermanos! Y las frases reales son siempre las mismas: ¡Robaos los unos á los otros! ¡Mataos los unos á los otros! ¡Todos somos enemigos!

Eso se hace en la guerra espantosa y eso se hace aquí en la paz. La única actividad que se acusa en los que no estamos en la guerra es la discusión en favor de uno ó de otro combatiente. Hay que fijarse bien; todos los que creen siempre en lo de que todos somos hermanos, no discuten contra la guerra. En estas discusiones á favor de uno ú otro lado, no hay palabras de sentimiento, ni de protesta contra la guerra y las matanzas. Una frialdad de hienas preside; nadie estalla con palabras de maldición para la guerra, ni nadie llora de rabia, por dentro siquiera, ante el espanto de la muerte de tantos hermanos y de la miseria y

desesperación de tantos niños sin culpa. Se dice que los ríos llevan corrientes de muertos y de sangre, que los árboles y las rocas están pringados de colgajos de sesos y de miembros humanos; ¡y nadie dedica un pensamiento de piedad á los pobres inocentes muertos de un bando y de otro, sino que se sigue discutiendo quién de los dos combatientes es el más fuerte y se siguen glorificando las máquinas de mayor matanza!

No sé si habré sido desgraciado en todas las conversaciones en que he intervenido y en todas las que he oído á mi lado; pero en ninguna he visto una lágrima profunda por los muertos, en ninguna he adivinado imaginación para ver el dolor de ser soldado durante una campaña así, en ninguna he visto exaltación y rabia desesperada, por sentimiento, ante este matar y matar de tantos hermanos.

¡Valientes hermanos estamos y valiente religiosidad la nuestra!...

Cuandó se acabe la guerra, los aradores del campo, los trabajadores de siempre, ararán cadáveres. La reja sacará esqueletos de pobres hermanos muertos, matados, sin haber cometido ningún delito. Ellos estaban trabajando allí también hacía un año, ganando la vida para ellos y los suyos, para engrandecer la patria. No hacían daño a nadie, al contrario, producían.

Los aradores que vuelvan á querer sacar la vida de los campos, ararán sobre cadáveres y sacarán corazones con la reja, corazones que murieron de balazos y de horror, corazones de hermanos en Dios y de hermanos, tal vez, de padres y madres también. Acaso algún arador saque en la reja algún hermano ó algún hijo... ¡Pero como si nada! Seguirá arando y volverá á dar una parte de su sudor para que se vuelvan á comprar armas otra vez y se pague bien á los sabios que las sepan hacer de la mayor matanza posible!...

¡Los sabios, los sabios! No comprendo por qué se glorifica tampoco á ciertos sabios. Metidos en sus laboratorios, encerrados sin querer oír nada, sin querer intervenir en ninguna de las enormes injusticias estas, ellos han descubierto el suero para curar de la difteria mortal á los niños, ó la vacuna contra la fiebre tifoidea que se lleva á tanta juventud. ¿Hay algo más ridículo que esto de ocuparse en salvar niños y jóvenes de las enfermedades, si esa sabiduría y ese sacrificio de trabajar por los niños y por los jóvenes no se prolonga hasta defenderlo después de las guerras? ¿Para qué sirve esa sabiduría? ¿Para curar niños y jóvenes á fin de que haya hombres

para las guerras? ¿Qué más da que se mueran de difteria ó de tifus ó de guerras? De seguir así las cosas, de encogerse tanto de hombros los sabios, que son los que debieran intervenir más en la dirección de un país, para que los hombres salvados por la sabiduría no sean destruidos por las brutalidades de la política bárbara; de seguir así las cosas, van á encontrarse las madres pronto con la duda de dejar morir al hijito de la difteria ó entregarle al suero. ¿Para qué, si le matarán de mozo después?

El aldeano más ignorante, del último rincón del mundo, que protesta de este sistema, que protesta de la guerra, que hace algo contra las ideas de la guerra, me parece mucho más sabio que el mayor filósofo, que el mayor matemático, que el mayor escritor, que el mayor químico.

Después de haber estallado esta guerra, ningún valor de la ciencia ha quedado en pie. Es más, creo que ha barrido esta guerra, además de hombres combatientes, almas que tenían esperanzas y que podían haber hecho algo en el mundo. La guerra deja ver claro á todos los que miran con afán; parece que el hombre no tiene que hacer nada en el mundo. Lo que parecía sabiduría se ve muy diáfano que es tan deleznable y falso como todo. ¿En qué vamos á quedar si no? ¿Es sabio y digno de respeto lo mismo el trabajador científico que descubrió un cañón terrible ó un gas mortífero, y el trabajador científico que descubrió un suero para curar niños?

Este golpetazo que ha dado la guerra en el alma de la humanidad, que asiente y detesta la guerra, por lo tanto, este golpetazo despabila el corazón bien y le libra de engaños. Esta guerra pone más claras las cosas. Antes, un escrito, una frase de uno de esos sabios que han tenido la sabiduría de callarse mientras se estaban armando los gobiernos para hacer guerras conque matar los hombres que los sabios querían salvar con medicinas ó con filosofías; antes un escrito de esos sabios nos quedaba atónitos de admiración. Ahora, no; ahora vemos más claro. Ahora vemos que no tienen ninguna sabiduría, ó que sabiduría no es grandeza de alma.

El escrito que han publicado los sabios alemanes y el que han escrito los otros sabios para responder, son dos escritos de una espantosa vulgaridad que enfría de desengaño. Por esos vulgarísimos escritos se ve que la ciencia tampoco es grande ni universal. Se ve que la ciencia es una cosa que tampoco sirve para dejar ver la verdad en nuestra alma, que tampoco sirve para poner nues-



tro corazón por encima de las fronteras. Se ve que no es la ciencia una expresión universal, sino particularista y ruin, como un egoísmo. Ambos manifiestos, los de los alemanes sabios y los de los ingleses sabios, son verdaderamente insignificantes, como estilo y como pensamiento y como emoción. De ser sabios como debieran serlo, ó como antes creíamos que lo eran, esos dos manifiestos al mundo debieran haber sido dos monumentos de grandeza artística, por la literatura, por el sentimiento, por el valor para acusar y acusarse, por la glorificación de la Verdad y de la Justicia.

Primero que la patria están la verdad y la justicia y la paz; porque esto es lo que ha de hacer felices las patrias, y todo el mundo es patria entonces. A poco sabio que sea con tal que tengamos en nuestra conciencia el sentimiento de la justicia, nuestra poca sabiduría será positiva, creída y emocionante. Para que la sabiduría sea fructífera en el pueblo y admirados los sabios como compensación del fruto de sus bienes, es necesario que defiendan la justicia, ó sea la verdad y la paz, por encima de todas las demás conveniencias, incluso por encima de la propia vida, naturalmente; si no, es difícil establecer una diferencia esencial entre un sabio usurero y no tenemos los humildes por qué admirar á nadie.

En fin, cuando leímos lo que habían escrito todos esos sabios, delante de un monumento histórico tan trascendental como este que pedía por lo tanto un heroísmo espiritual mil veces superior y mil veces con más derecho á la inmortalidad que todos los heroísmos guerreros, se nos ha desolado el alma y no volveremos á tener fe en ningún sabio que no demuestre, por encima de todo, abnegación é independencia de pensamiento.

No han demostrado ser sabios ahora que era la más formidable ocasión, porque en su prosa no ha habido ni un rasgo de gran piedad, ni una sola frase heroica y profunda, ni la menor belleza. Porque su prosa para ser obra de tantos sabios, ha resultado de una vulgaridad más trágica que la inmensa tragedia misma de la guerra. Porque su prosa debió tener la magia de desgarrar de dolor los corazones de los reyes y levantar los pueblos en un clamor glorioso de paz.

¡Pobres muertos, pobres combatientes, pobres niños huérfanos, pobres mujeres! ¡Qué hermanitos en Dios tenéis y qué sabidurías y qué religiones os amparan!...

R. SANCHEZ DIAZ

## Los frailes glotones

Hace poco tiempo tuvo ocasión un escritor francés de tropezar con unas *Memorias* antiguas, en las que figura una curiosísima lista de gastos para la mesa del prior de un convento en 1438, que demuestran lo bien que se cuidaban los frailes franceses (porque se trata de un convento de Francia) hacia la mitad del siglo XV. Esta *Memoria* ha salido luego á relucir en un libro publicado por la Sociedad de Historia de París.

La rectoría del convento en San Martín de los Campos era por entonces uno de los cargos religiosos en Francia que disfrutaba de más pingües rentas; tenía bajo su jurisdicción inmediata más de 30.000 almas, de los que habitaban la orilla derecha del Sena en París y algunos de los pueblecillos alrededor. Era costumbre que el prior viviese con lujo inusitado y tuviera un gran tren, como se dice ahora. Invitaba á su mesa con frecuencia á las gentes de letras, á los consejeros municipales, á las autoridades eclesiásticas de las parroquias vecinas y hasta á señoras que debemos suponer, pensando piadosamente, serían penitentes ó abadesas.

Las cuentas de gastos de mesa de que hablamos al principio se abrieron y continuaron después á causa de una querella intestina en el convento. Jaime Seguin, á quien habían nombrado prior en 1425, tenía declarada la guerra, no se sabe por qué, á uno de los frailes, y tuvo que defenderse hasta delante del Parlamento y de los tribunales eclesiásticos.

Antes de que la justicia decidiera sobre la manera de hacer esos gastos objeto del litigio, el prior se veía obligado á hacer sus provisiones fuera del monasterio y á pagarlas de su propio peculio.

Un cronista de aquel tiempo hace la observación oportuna de que esos gastos para la mesa habrían tenido otro carácter si la isla de Francia y París no hubieran estado atravesando por aquel tiempo un período de terrible miseria y de hambre.

Los ingleses ocupaban por entonces muchos pueblos de Francia, interceptaban las comunicaciones y saqueaban á diario los campos y las huertas. Las tropas francesas hacían lo mismo, y el pobre labrador, no sólo no tenía con qué trabajar, ni con qué sembrar, sino que se moría de hambre en su cien veces saqueada casa de campo. Los pueblecillos enviaban á la ciudad sus enfermos graves y las víctimas del hambre, y en París, donde se había declarado la peste, murieron tísicos más de 45.000 de aquellos seres infelices.

Los célebres bosque de Bolonia y de Vincennes estaban poblados de lobos hambrientos.

En medio de este cuadro desolador, sólo los frailes del monasterio de San Martín de los Campos sabían darse buena vida y permanecer indiferentes ante la miseria y el hambre de los demás.

La *Memoria* á que aludimos al principio toma las cosas un poco más lejos, y da cuenta de una comida que se verificó el domingo 24 de Mayo de 1405, dada por el prior Juan Alvernas á los consejeros del monasterio y á los alcaldes y prebostes de la tierra de Saint Martín; había 36 comensales.

El servicio se componía primero de 36 pasteles. Los destinados á los consejeros del monasterio costaban seis dineros cada uno, y cuatro solamente los de los consejeros municipales. Después de estos pasteles, que se servían sin duda para hacer boca, figuraron en el *menú* doce capones en blanco, seis capones asados, dos cabritos, tres docenas de pollitos, seis magníficos patos, cuatro docenas de perdices, doce platos de carne de vaca, tres de carnero y tres libras de tocino magro.

El maestro de cocina había gastado ocho libras de almendra para una salsa blanca, una libra de arroz en polvo, una de azúcar de pilón, media libra de canela, un cuarteron de cáscara de naranja, azafrán por valor úe doce dineros, un cuarteron de sal blanca, tres docenas de tartas y medio canasto de naranjas.

Hé aquí ahora la lista de una colación entre amigos, dada á cuatro personas por el *gourmet*, prior Jaime Seguin, y que costó cinco libras, seis sueldos y once dineros cada cubierto.

« Dos perdices, un faisán, cuatro pichones, una liebre, cuatro pollos de un año, una pierna de vaca, un salmón y un plato de anguilas. Todo esto fué acompañado de vinos compuestos y ordinarios.

La lista no habla de las legumbres y de los postres.

El prior Jaime Seguin, como verdadero *gourmet*, no sólo iba á pescar al río truchas cuya preparación dirigía él personalmente, sino que no se desdénaba de ir á la compra él mismo.

La *Memoria* publicada por la antedicha sociedad de Historia de París demuestra que no han sido solamente los frailes españoles los que se han distinguido por sus aficiones gastronómicas y por su amor á la vida regalada, objeto en todo tiempo de la envidia del pobre en este país y en los demás que han gozado de los beneficios del convento.

Imprenta, Momeerrat, 7.